

LA FICCIÓN COMO RELECTURA DE LA HISTORIA: UN ANÁLISIS DEL HÉROE Y EL VILLANO LOPE DE AGUIRRE

Gabriela Alemán

Voy a comenzar esta ponencia con una confesión. La confesión de un amor por el personaje Lope de Aguirre. Amor nacido del cine y una película, *Aguirre, la ira de Dios*. La película de Herzog me descubrió un personaje desmedido y exuberante que contra todo pronóstico libraba una batalla perdida en un viaje poético hacia la nada, en un descenso por el río Marañón, que era en realidad un descenso a la locura. Esa película —la ficción— me llevó a la Historia. Donde descubrí que Lope de Aguirre era un ser real. Empecé entonces, nuevamente, un viaje de regreso a la ficción para descubrir que ese personaje ambiguo que había protagonizado un absurdo capítulo dentro de la historia americana (atravesar desde el Perú prácticamente toda América Latina por el sitio más ancho y enfrentarse junto a doscientos marañones al poder del Rey de España) era el protagonista de otra película, *El Dorado* de Carlos Saura y el personaje central de cuatro novelas y una obra de teatro: *Camino del Dorado* de Arturo Uslar Pietri; *Aventura equinoccial de Lope de Aguirre* de Ramón Sender; *Daimón. Vida de Lope de Aguirre* de Abel Posse; *Lope de Aguirre, Príncipe de la Libertad* de Miguel Otero Silva y *Lope de Aguirre, Traidor* de José Sanchis Sinisterra.

¿Por qué ese desmedido interés de la ficción por Lope de Aguirre? Más allá de ser un personaje de proporciones novelescas y fuente inevitable de inspiración literaria, la historia de Lope de Aguirre es la otra historia de la conquista. La historia imaginada por el escritor, que si no fuera relatada, dejara de existir. Y de allí, el título de esta ponencia, «La ficción como relectura de la Historia: un análisis del héroe y el villano Lope de Aguirre».

Lo que propongo a continuación es demostrar cómo, a través de dos discursos ficcionales, el de la crónica y el de la literatura, llegamos a dos visiones opuestas y contradictorias del personaje Lope de Aguirre. Si en las crónicas de

Gonzalo Zúñiga, Francisco Vásquez y Pedrarias de Alместo, Lope de Aguirre es un villano, en las obras de ficción *Lope de Aguirre, Príncipe de la Libertad* de Otero Silva y *Lope de Aguirre, Traidor* de Sanchis Sinisterra, Aguirre es un héroe trágico.

No quiero detenerme en este punto, pero sí recalcar que tanto el Lope de Aguirre histórico como el Lope de Aguirre ficcional son producto de discursos ficticios. Que la crónica del descenso por el río Marañón es tan inventada como la literatura que surge de ella. ¿Pues cómo creer en la veracidad de las crónicas escritas sobre Lope de Aguirre en el siglo XVI? Si los cronistas muestran una realidad parcializada al tener que demostrar, a través de sus escritos, que ellos no siguieron a Lope de Aguirre por voluntad propia sino para salvar sus vidas. Y así salvarlas nuevamente frente al Rey. Pero antes de entrar en esas crónicas, revisemos los datos básicos sobre Lope de Aguirre y el único testimonio que tenemos de su puño y letra.

La historia no es compleja. Lope de Aguirre nació en Guipúzcoa en 1516. Llegó al Perú a los 24 años, tomó parte en campañas de conquista, en fundación de ciudades y en rebeliones. En 1560 el virrey del Perú, don Andrés Hurtado de Mendoza, organizó una expedición para descubrir El Dorado y puso a su mando a don Pedro de Ursúa. Lope de Aguirre se alistó en esa expedición. En el transcurso del viaje los expedicionarios se rebelaron, mataron a Ursúa e instigados por Lope de Aguirre se *desnaturalizaron* de España y nombraron como príncipe independiente de la corona a don Fernando de Guzmán. Los marañones declararon su intención de hacer una rebelión en todo el Perú. Lope de Aguirre posteriormente mata a Guzmán y se convierte en el nuevo jefe y príncipe. Escribe una carta al rey Felipe II donde explica las razones que llevaron a los marañones a declararse independientes de la corona y continúa un viaje plagado de muertes hasta la Isla Margarita. En territorio venezolano se enfrenta a los servidores del rey, quienes le dan muerte.

La carta de Lope de Aguirre al Rey Felipe II de España data de 1561 y dice:

Creo bien, excelentísimo Rey y Señor, que para mí y mis marañones no has sido tal, sino cruel e ingrato a tan buenos servicios como de nosotros has recibido... Por no poder sufrir más las crueldades que usan estos tus oidores, visorey y gobernadores, he salido de hecho con mis compañeros, cuyos nombres después diré, de tu obediencia, y desnaturalándonos de nuestras tierras que es España, para hacerte en estas partes la más cruel guerra que nuestras fuerzas pudieren sustentar y sufrir... Y esto cree, Rey y señor, nos ha hecho hacer el no poder sufrir los grandes despechos y castigos injustos que nos dan estos tus ministros, que, por remediar a sus hijos y criados, han usurpado y robado nuestra fama, vida y honra [...] Estoy cojo de mi pierna derecha de dos arcabuzazos que me dieron en el valle de Chuquinga con el mariscal Alonso de Alvarado, siguiendo tu voz y apellido con-

tra Francisco Hernández Girón, rebelde a tu servicio, como yo y mis compañeros al presente somos y seremos hasta la muerte, porque ya de hecho habemos alcanzado en estos reinos cuán cruel y quebrantador de fe y palabra eres, y así tenemos en esta tierra tus promesas por de menos crédito que los libros de Martín Lutero [...] Mira, mira Rey español, que no seas cruel a tus vasallos ni ingrato, pues estando tu padre y tú en los reinos de España sin ninguna zozobra, te han dado tus vasallos a costa de su sangre y hacienda tantos reinos y señoríos como en estas partes tienes [...] Mira, Rey y Señor, que no puedes llevar con título de rey justo, ningún interés en estas partes donde no aventuraste nada, sin que primero los que en ellas han trabajado y sudado sean gratificados [...] Por muy cierto tengo que van pocos reyes al infierno, porque sois pocos, que si muchos fuéades, ninguno podría ir al cielo, porque creo que allí seríades peores que Luzbel, según tenéis la ambición, sed y hambre de hartaros de sangre humana [...] Y ansí, Rey y señor, te juro y a Dios hago solemne voto yo y mis doscientos arcabuceros marañones, conquistadores, hijosdalgo, de no te dejar ministro tuyo a vida [...] Aunque yo y mis compañeros, por la gran razón que tenemos, nos hayamos determinado a morir, y esto cierto y otras cosas pasadas, singular Rey, tú has dado la causa, por no te doler del trabajo de tus vasallos y no mirar lo mucho que les debes [...] En fe de cristiano te juro, Rey y señor, que si no pones remedio en las maldades de esta tierra, que te ha de venir el azote del cielo, y esto dígo por avisarte de la verdad, aunque yo y mis compañeros no esperamos ni queremos mercedes en Córdoba y Valladolid, ni en toda España que es tu patrimonio, duélete, señor, de alimentar a los pobres cansados en los frutos y réditos desta tierra, y mira, Rey y señor, que hay de Dios para todos, igual justicia y premio, paraíso e infierno [...] Nos dé Dios gracia que podamos alcanzar por nuestras armas el precio que se nos debe, pues nos han negado lo que de derecho se nos debía [...] Hijo de fieles vasallos tuyos en tierra vasconganda, yo, rebelde hasta la muerte por tu ingratitud, Lope de Aguirre, el peregrino.

LA PRIMERA CARA: EL TIRANO

Las «crónicas de vistas» relatadas por los cronistas de las jornadas crean en el imaginario americano la figura del villano Lope de Aguirre pues muestran a un Aguirre traidor, loco y blasfemo que los forzó, bajo amenaza de muerte, a seguirlo durante los once meses que duró el periplo por el Amazonas, mientras ellos permanecían fieles a la corona.

Así, la crónica de Gonzalo Zúñiga se titula «Relación muy verdadera de todo lo sucedido en el río del marañón, en la provincia del dorado, hecha por el gobernador Pedro de Orsua, dende que fue enviado de la ciudad de Lima por el marques de cañete, visorey de los reinos del Piru, y de la muerte del dicho Pedro de Orsua y el comienzo de los tiranos de Fernando de Guzmán y Lope de Aguirre su subcesor, y de lo que hicieron fasta llegar a la margarita y

salir della». Esta es una crónica sombría, de quejas por la lluvia constante, «así nos llovió en todo un año que anduvimos por el dicho río, sin jamás hacer buen tiempo ni escampar siquiera media docena de días», por la falta de comida y la desconfianza de la existencia de El Dorado. Desde el principio del relato Zúñiga está en contra de Orsúa que «empezó a rescebir tristeza y gran moína y hacerse mal acondicionado y trataba mal algunos de palabra» y hace un relato pormenorizado del alzamiento contra el Gobernador y los planes de tomarse el Perú por parte de los marañones:

Venían en el campo doce o trece soldados, los mayores traidores que en el Pirú había, los cuales vinieron a la entrada, entendiendo que Pedro de Orsua no se echaría al río abajo, ni quería hacer la jornada, teniendo tan grande aparejo para poderse alzar y revolver sobre el Pirú; y lo mesmo tenían entendido los más vecinos de Pirú, y estaban apercebidos para, si resolviesen, resistirlo, y había muchos soldados esperándolo, teniendo por cierta su vuelta. Y desta arte lo habían infamado muchos al dicho Gobernador, como hombres que lo deseaban; pero él no pensó tal, ni lo hiciera por ninguna vía, porque siempre se preció de muy leal servidor de S.M., como lo fue. Viéndose estos dichos soldados, que traían esta mala intención, metidos por el río abajo y en parte que no podía volver al Pirú y debajo de mano de Gobernador, donde no vivían con tanta libertad como solían, determinaron, como días había lo traían concertado y después lo decían, de matar al dicho Gobernador y alzarse con la gente y venir el río abajo en bergantines a la isla Margarita para tomar agua y refresco, y de ahí pasar por nombre de Dios y a Pirú apoderarse dél.

La crónica continúa con una larga enumeración de las muertes planificadas por Lope de Aguirre y que abarcan el resto del relato: el asesinato de Doña Inés de Atienza, de Don Fernando de Guzmán, del capitán Sancho Pizarro, del capitán de artillería Alonso Enríquez de Orellana, y a todos que creía que «le ordenase motin, porquel que lo pensase, él lo había de saber luego, y le había de dar muy cruel muerte». El asesino Aguirre

tenía jurado de no dejar a vida ningún fraile, salvo mercenarios; también había jurado matar cuantos letrados topase, oidores, presidentes, obispos y arzobispos, porque decía los dichos señores tenían destruidas las Indias; también tenía jurado de matar a cualquier mala mujer de su cuerpo que topase, por la menor ocasión del mundo que le diese, porque por ellas decía había tantos males en el mundo, y había muerto el Gobernador por una que traía [...]

En la crónica de Zúñiga Aguirre es un ser amoral:

Algunas de las maldades que decía públicamente son: ‘Que Dios había fecho el cielo para quien lo mereciese, y la tierra para quien más pudiese; y que si ellos

podían más, que suyo sería el Pirú. También decía que pues su ánima ardía ya en los infiernos, que había de hacer subir el nombre de Aguirre hasta el noveno cielo.

Francisco Vásquez también estuvo en la expedición de El Dorado y escribió una crónica para disculparse ante el Virrey por su intervención en los sucesos de los marañones. Pedrarias de Alместo también necesitó justificar estos hechos ante las autoridades y simplemente tomó la versión de Francisco Vásquez, hizo algunas modificaciones y agregó y la firmó como suya.

La visión de ambos sobre Lope de Aguirre es igualmente negativa:

Era natural enemigo de los buenos y virtuosos [...] Tuvo por vicio ordinario encomendar al demonio su alma y cuerpo y persona, nombrando su cabeza, piernas y brazos, y lo mismo sus cosas [...] He querido contar esto tan a la larga, por causa que este tirano publicaba que se había alzado porque había servido a Su Majestad veinte y cuatro años en Pirú, y que no había habido remuneración de sus servicios; para que los que esto viesan y supiesen, entiendan que tales fueron sus servicios, y el galardón que merecía por ellos; y como Su Majestad y sus ministros, de quien él se quejaba, se habían habido con él harto benignamente, pues no le habían quitado la vida, mereciendo tantas veces la muerte.

Las tres crónicas se desarrollan como una enumeración secuencial de lo ocurrido en el río Marañón, existe un solo punto de vista que es el de los cronistas y el tono y la intencionalidad de los mismos es claro, librarse de culpa al desplazarla toda al personaje de Aguirre.

LA SEGUNDA CARA: EL HÉROE TRÁGICO

Otero Silva, sin embargo, tomando los mismos datos básicos, relata otra historia, la del «Príncipe de la Libertad». Allí se opone a los interpretadores de Lope de Aguirre que «se han conjurado para acumular sobre su memoria tal arsenal de improperios que han ganado el pleito de convertirlo en el prototipo máximo de la iniquidad humana». El escritor, como un antiguo «cronista de oídas», se apoya en los testimonios de otros personajes para que su relato crezca en veracidad. Así, en una «nota del novelista» dice:

Hubo, sin embargo, un notable escritor, político y guerrero del Siglo XIX, que no vio a Lope de Aguirre como un simple matador de gentes sino que lo juzgó esencialmente como un precursor de la independencia americana. Ese ensalzador de las ideas de Lope de Aguirre se llamaba Simón Bolívar [...] [él] aludió en varias ocasiones a la osadía del caudillo de los marañones, mas no precisamente para condenarla como vesania criminal sino para exaltarla como insurrección irreduc-

tible contra la corona española [...] El Libertador calificaba el documento de desnaturalización de España, firmado por Aguirre y sus marañones en la selva amazónica, como 'el acta primera de la independencia de América'. Más todavía Lope de Aguirre, por una afortunada determinación de la historia, otro hijo de fieles vasallos vascongados como tú, emprenderá dentro de 258 años la misma ruta que tú llevabas cuando te mataron en Barquisimeto y te cortaron la cabeza. No eras tan loco, Lope de Aguirre, como te han juzgado tus infamadores. Simón Bolívar, tal como tú lo soñabas, cruzará las cumbres de los Andes al frente de sus soldados rebeldes e intrépidos, vencerá una y otra vez a los ejércitos reales en las llanuras del Nuevo Reino de Granada, proseguirá su jornada triunfante hasta el Perú y, tal como tú lo soñabas, arrojará para siempre de las Indias a los gobernadores y ministros del rey español, que ya no se llamará Felipe II sino Fernando VII.

En *Lope de Aguirre, Príncipe de la Libertad*, Otero Silva toma como base de datos a las crónicas y así se configura una historia verosímil, donde las técnicas narrativas funcionan a su favor para lograr otra interpretación de los hechos. Subordina la historia de las jornadas en el río Marañón al conjunto de la vida de Lope de Aguirre, resalta las sórdidas condiciones de su niñez, lo que explica su primer rechazo a la autoridad y al clero; busca las raíces de su mal carácter y futura locura en su juventud en el País Vasco; explora el tránsito que opera en su síquis el no sentirse más conquistador sino colonizador, parte del Nuevo Mundo, ya no explotador sino explotado. Otero Silva logra que el lector se sienta identificado con el jorobado vizcaíno que durante la primera parte de la novela solo recibe vejámenes por parte de las autoridades. Gracias al cambio de punto de vista, a las diferentes voces de los personajes, al coro que opera —como en la tragedia griega— como consejero de Aguirre, la caracterización de perdedor comienza a desaparecer para dar lugar a la figura mítica. Al héroe trágico Lope de Aguirre.

En *Lope de Aguirre, traidor*, Sanchis Sinisterra propone otra lectura de Lope de Aguirre: la del visionario que ve naufragar su sueño en una gesta condenada a la autodestrucción; al igual que intenta un ajuste de cuentas con la historia. En uno de los monólogos de la obra pregunta: «¿Quién es realmente el otro en este espectáculo? ¿Es el diferente, el indígena al que hay que someter y transformar en nuestro doble, o es el rostro oculto del colonizador, su ferocidad y vergüenza?». La obra de teatro escoge como único escenario la selva amazónica, lo que crea una atmósfera cargada de malos presagios y muerte, mientras la obra gira alrededor de ocho monólogos: 1) Reniegos de la Juana Torralva, privada del derecho a la palabra; 2) Delirio del Gobernador Pedro de Ursúa, aquejado de fiebre; 3) Llanto de Doña Inés de Atienza ante el cadáver de Ursúa, su amante; 4) Emociones y flato de Don Fernando de Guzmán, Príncipe del Perú, Tierra Firme y Chile por la gracia de Dios; 5) Extravíos de un marañón sin nombre en la selva amazónica; 6) Razones del ma-

tarife Antón Llamoso; 7) Plegaria póstuma de Ana de Rojas, vecina de la Isla Margarita; 8) Soliloquio de Elvira de Aguirre, poco antes de ser inmolada por su padre; y 9) Confesión del soldado Pedrarias de Almesto, cronista ocasional de la Jornada. Este último es uno de los más interesantes pues Sanchis Sinisterra se permite jugar con las palabras de Pedrarias de Almesto; gracias al desfase temporal el cronista ya no teme represalias: «Ahora puedo decirlo, no corro ningún riesgo con vosotros, inermes tribunal de estos delitos». Puede contar la verdad: «Durante cierto tiempo, en medio de aquel delirio de ambiciones, deseos, hambre, crímenes, lejanía, de soledad e inmensidades sin límites, la locura de Aguirre me sedujo, fui contagiado y arrastrado, sí, por su pasión desmesurada». El monólogo continúa como un diálogo imaginario con la crónica de Zúñiga, donde éste condena a Aguirre y lo acusa de blasfemo con los mismos argumentos que Pedrarias de Almesto utiliza para defenderlo:

[...] sentí ese viento del Apocalipsis que aquel ángel maldito levantaba a su paso: la ira de Dios. Vi esta tierra infinita desasida del podrido poder de unos monarcas lejanos y voraces. Vi escapar, como ratas, la infame plaga de funcionarios, de sus virreyes, gobernadores, oidores, jueces, alcaldes, secretarios, escribanos... Vi volar en negra desbandada la turbia muchedumbre de frailes, curas, obispos, arzobispos, inquisidores... Creí posible, en fin, por algún tiempo, que iba a llegar el tiempo de los tiempos, aquél en que un ángel clamaría: Caída es, caída es Babilonia, guarida de todo espíritu inmundo y albergue de las aves sucias y aborrecibles. Salid de ella, pueblo mío, porque no participéis de sus crímenes ni recibáis por ello su castigo...!

Tanto la novela de Otero Silva como la obra de teatro de Sanchis Sinisterra le dan una dimensión mítica a la figura de Aguirre. Intentaré demostrar, gracias a un diálogo intertextual entra las dos obras, cómo Lope de Aguirre se convierte en un héroe trágico.

El viaje del héroe corresponde a una fórmula universal: a) separación, b) iniciación y c) retorno.¹

En el viaje de separación la persona experimenta una sensación de desdoblamiento. El héroe ve el mundo partirse en dos y desempeña dos funciones: uno es la del payaso, del extraño; la otro es la de salvador.

En la obra *Lope de Aguirre, traidor*, en el tercer monólogo de Doña Inés de Atienza, cuando ella en su desvarío habla con el cadáver de Ursúa le dice: «Es aquel vizcaíno pequeño de cuerpo y de ruin talle de cuyos voceríos te burlabas: aquel Lope de Aguirre, ¿lo recuerdas?»

Doña Inés se refiere a la primera figura del desdoblamiento: el desprecia-do y ridiculizado Aguirre.

1. Me remito a los estudios de Jung sobre los arquetipos universales de la mitología.

En cambio, en la obra de Otero Silva, cuando los marañones llegan a la Isla Margarita, Lope de Aguirre emite un bando que dice: «Manda el Excelentísimo Señor Lope de Aguirre, la Ira de Dios, Príncipe de la Libertad y del reino de Tierra Firme y de Chile, con las demás provincias que se incluyen de una tierra a la otra, y grande y fuerte caudillo de los marañones [...]»

Es el personaje redentor, el héroe.

En la segunda etapa, la de Iniciación, existe un nuevo conocimiento, una unión con el universo que trasciende los marcos personales.

En la novela de Otero Silva, Lope de Aguirre tiene un demonio familiar, «Mandrágora» que lo protege y le da aviso de todo lo que ocurre a su alrededor, que lo conecta con el universo, «ando entre traidores que por los cuatro lados me cercan y amenazan, a veces creo que no oigo la voz del tal Mandrágora sino la de mi propio corazón que se disfraza de demonio familiar para revelarme los peligros [...]»

En la última etapa, la del retorno, hay que realizar una tarea extraordinaria y peligrosa, con la ayuda de una presencia invisible.

Esta es la etapa en la que fracasa Lope de Aguirre y que el héroe adquiere una dimensión trágica. La presencia que lo impulsa es el espíritu de lo quimérico, pero la tragedia está a las puertas, la muerte física de Lope de Aguirre está ligada a su muerte síquica, a la fiebre de sangre en la que baña su empresa.

Pedro de Alместo termina su monólogo con este grito:

Viejo traidor! Nunca he de perdonarle el convertir su propio sueño terrible y justiciero en una absurda danza de la muerte... Matar para convencer... Qué desatino! Y hacerlo burdamente, sin tapujos, como quien trincha un gallo o degüella una res o sangra un cerdo... La justicia del Rey es más sensata: reviste sus matanzas con grave ceremonial, siempre que puede, y las limpia y sazona con gran despliegue de solemnidades.

Por último quisiera resaltar que gracias a esta dimensión trágica, la catástrofe de la empresa de Aguirre cobra otro sentido. Dice María Zambrano que, «El conflicto trágico no alcanzaría a serlo [...] si consistiera solamente en una destrucción; si de la destrucción no se desprendiera algo que la sobrepasa, que la rescata. Y de no suceder así, la tragedia sería nada más el relato de una catástrofe».

Gracias a la hipérbole, al delirio, al sueño, a las referencias a Bolívar, al cuestionamiento de la historia, al tratamiento de los hechos, las obras de ficción sobre Lope de Aguirre crean otro imaginario. El desenlace de esa aventura imposible tiene, gracias a la ficción, consecuencias superiores que permiten hablar de otra historia, de una nueva memoria. ▼